



LA ARQUEÓLOGA DEL LLULLAILLACO

En marzo de 1999, fue la **única científica argentina** en la expedición que encontró los **cuerpos momificados de tres niños** en la cumbre de un volcán a 6.739 metros de altura. Hoy se exhiben en el Museo de Arqueología de Alta Montaña de Salta, uno de los más visitados de nuestro país.

 ANA VAN GELDEREN
 XAVIER MARTÍN Y ARCHIVO CONSTANZA CERUTI

LA MONTAÑA DECIDIÓ SITUARNOS ANTE LAS MOMIAS mejor conservadas de la historia”, asegura la antropóloga, montañista y arqueóloga argentina Constanza Ceruti, que codirigió la expedición liderada por el científico estadounidense Johan Reinhard. Financiada por el National Geographic, fue uno de los grandes acontecimientos de la arqueología mundial. ¿Sabía de antemano lo que podía encontrar allí? No del todo. “Como amante de la naturaleza encuentro un enorme atractivo en todas las montañas”, comenta. Y sigue explicando qué la llevó hasta allá: “Desde los años 50 los primeros escaladores modernos hablaban del volcán Llullaillaco. Señalaban que, en su cima, a 6.739 msnm, estaban las construcciones a mayor altura que el hombre había hecho en el planeta. Eso les daba un valor científico especial. De todas maneras, no se conocía con certeza la función de estas construcciones ni su antigüedad. Es decir que en aquella expedición de 1999 nuestra intención era estudiar el sitio arqueológico más alto del mundo. No sabíamos qué íbamos a encontrar en la estratigrafía”.

—¿Qué recuerda desde el punto de vista físico, emocional y social de aquella expedición? ¿Por dónde pasaban los desafíos y peligros?

Teníamos clara conciencia de las dificultades y peligros que estábamos enfrentando. El montañismo casi siempre implica riesgos, que deben ser enfrentados con responsabilidad y humildad. La experiencia previa también ayuda mucho. Siempre hay imponderables, como las tormentas eléctricas, que se vuelven aún más peligrosas cuando se está acampando en altura. Incluso aunque se procure alejar los crampones, piolets y otros elementos metálicos para no atraer las descargas.

El sentimiento que predominó a lo largo de toda la campaña fue la preocupación... Preocupación por si llegaríamos a la base de la montaña cuando los camiones se empantanaban en la arena; por la salud de uno de los participantes, que debió ser evacuado por un edema pulmonar; por los víveres que porteábamos esperando que fuesen suficientes; por una tormenta de nieve que nos mantuvo dentro de las carpas en el campamento de altura... Estuve siempre

AQUÍ El MAAM tiene una sala dedicada al hallazgo de los Niños del Llullaillaco.

ENFRENTÉ Constanza Ceruti en el volcán Llullaillaco con La Niña del Rayo. 1999.

EN LA APERTURA La Doncella es una de las momias que se expone en el MAAM. Constanza Ceruti en pleno ascenso al Aconcagua.



DESDE LAS ALTURAS

A través de tres décadas de ascensos a cimas y volcanes del mundo entero, Constanza Ceruti se convirtió en uno de los poquísimos expertos de campo sobre la dimensión simbólica de las montañas del mundo. Escribió artículos sobre las Rocallosas, los Alpes, los Pirineos, los Apalaches, los Tatras y diversos volcanes sagrados en Polinesia e islas atlánticas. También es autora de una colección de libros sobre montañas sagradas de Irlanda, Escocia, Noruega, Islandia, Tailandia, Australia, Galicia, Pirineos, País Vasco, Canarias, Italia, Costa Rica y los Andes. Mucho de todo esto está en sus libros y en artículos científicos que pueden encontrarse compilados en las páginas web del CONICET y de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires.

preocupada por el éxito o fracaso de la expedición.

Recuerdo que hice cumbre en solitario la primera vez, después de un porteo de equipos desde el campamento intermedio. Así fue como el volcán me regaló un momento de comunión inicial muy gozoso, antes de la extenuante actividad arqueológica que iniciamos después en la cima. Al final de la expedición también tuve oportunidad de despedirme de la montaña con un atardecer espectacular que contemplé desde el punto más alto.

—¿Podría relatarnos el momento del hallazgo?

Inicialmente nos dedicamos al relevamiento de toda la arquitectura en el santuario. A continuación, realizamos sondeos exploratorios y, eventualmente, descubrimos los primeros hallazgos artefactuales, que fueron algunas ofrendas materiales asociadas con El Niño, la primera momia que descubrimos. Después

llegó La Doncella y, en tercer término, la recuperación de La Niña del Rayo, la más pequeña. Ese fue un momento muy emotivo porque el daño ocasionado por el rayo en el textil que la envolvía nos permitió estar frente a frente con un rostro humano que volvía a ver la luz tras medio milenio.

Me preocupaba mucho la calidad científica del trabajo arqueológico, la exactitud de las mediciones. Así que además de los esfuerzos durante el día en la excavación, mi tarea seguía de noche, cuando pasaba en limpio todas las anotaciones mientras los otros miembros de la expedición descansaban. El hallazgo de las momias agregó mucho a esa preocupación, ya que era necesario ponerlas a resguardo y mantenerlas congeladas durante el descenso, improvisando con los materiales que teníamos a mano. Hay que destacar el esfuerzo de Arcadio Mamani, su hermano Ignacio y su sobrino Edgar, miembros de comunidades origi-





AQUÍ En la cima del monte Tongariro, después de subir al volcán Nauruhoe, en Nueva Zelanda.

ENFRETE Entre las ofrendas que se encontraron con las momias había estatuillas antropomorfas femeninas hechas en oro, plata y caracoles.

narias quechua-hablantes y excelentes colaboradores, que hicieron posible varios aspectos de la logística de la expedición. Ellos se las ingeniaron para transportar las momias con toda delicadeza, llevándolas montaña abajo en sus espaldas. Gracias a Dios y a los Apus, todo salió bien.

—¿Cuál es el valor arqueológico y antropológico de las momias?

Congelados por más de medio milenio, y conservando todos sus órganos en perfecto estado, los niños del Lullaillaco son las momias mejor preservadas de la historia. No lo digo yo como “mamá orgullosa”, sino que lo afirmaron los principales expertos en momias reunidos en el Congreso de Groenlandia, adonde fui invitada hace más de 20 años para presentar los primeros resultados de los estudios que realizamos con la colaboración de paleopatólogos, radiólogos, odontólogos y otros profesionales salteños, argentinos y extranjeros. A través de las momias, la mirada científica a las formas de vida en el pasado se amplía para alcanzar aspectos que habitualmente no se pueden abordar desde restos esqueléticos u otras evidencias materiales.

Además, al ser excavadas científicamente, las mo-

mias y sus ofrendas proveen valiosísima información acerca de los ritos que integraban las ceremonias de sacrificio y las circunstancias en las que los incas las realizaban. Los estudios interdisciplinarios permiten descubrir aspectos de la antigüedad andina que, de otro modo, solo podríamos conocer a través de las fuentes históricas, escritas mayormente por cronistas españoles y, por ende, con muchos sesgos culturales. A través de los estudios de momias, son los incas quienes cuentan su propia historia, cumpliendo ese importante papel de “embajadores del pasado”.

Mi libro *Lullaillaco: sacrificios y ofrendas en un santuario inca de alta montaña* (Mundo Gráfico Salta Editorial) permite poner en perspectiva, con bastante detalle, lo que las momias y las ofrendas descubiertas en el volcán representan. La expedición que codirigimos con Reinhard fue la investigación arqueológica a mayor altura en la historia. Por eso nuestro trabajo fue inscripto en el libro *Guinness*.

—¿Qué siente hoy, en retrospectiva, en relación con la experiencia del hallazgo? ¿Cómo ve el hecho de que las momias estén expuestas en un museo?

Me enorgullece mucho, como mujer montañista y



como científica argentina, haber codirigido la expedición. En retrospectiva, creo que distintas circunstancias que precedieron –los estudios en la universidad, los años vividos en Tilcara, las tesis y las ascensiones previas– me prepararon para asumir esa responsabilidad de la mejor manera posible. Es una profunda satisfacción que los ojos del mundo se hayan posado en los Andes gracias a este extraordinario descubrimiento.

Durante seis años las momias estuvieron en estudio en la Universidad Católica de Salta y no había acceso del público a los laboratorios. Nuestro foco estaba puesto en la investigación científica interdisciplinaria, que era fundamental en aquella etapa inicial. Como lo he dicho en alguna oportunidad, considero que los aspectos relativos a la presentación de las momias del Llullaillaco al público deben ser conversados con quienes tomaron las decisiones respectivas en el Museo de Arqueología de Alta Montaña. Hay que tener en cuenta la importante función pedagógica y educativa que cumplen los museos y que los profesionales que trabajan en estas instituciones intentan acompañar la decisión de cada comunidad, procurando la preservación de los hallazgos del modo más respetuoso posible. Que el MAAM esté considerado entre los museos más visitados de nuestro país refleja la importante misión que cumplen los niños del Llullaillaco en la jerarquización del legado andino y su historia.

–¿Podría haber más momias similares y tan bien conservadas en los Andes?

La altitud extrema implica temperaturas bajo cero e hipoxia, que ayudan a la preservación de materiales orgánicos; al igual que las cenizas volcánicas, que tienen propiedades antibacterianas. En el caso del Llullaillaco, observamos que la nieve no se acumulaba en la cima, barrida por los fuertes vientos, y por ello, la capa de permafrost –suelo congelado de manera permanente– era bastante delgada. Esto contribuyó a que las momias pudieran conservarse de forma extraordinaria. Es difícil que ese conjunto de condiciones tan ideales vuelva a repetirse en alguna otra montaña. Por otra parte, el registro arqueológico se encuentra amenazado desde hace muchas décadas por el impacto del huaqueo, la minería y cuestiones climáticas, por ejemplo.

En Europa, Asia y Norteamérica toman cada vez más vuelo las investigaciones en “arqueología de glaciares”, herederas de la arqueología de alta montaña que iniciamos en Argentina, siguiendo los pasos de mi mentor, el doctor Juan Schobinger. Sin embargo, lamentablemente, en varios países andinos, la labor de los arqueólogos encuentra cada vez más obstáculos. Hay que sumar también la politización de la ciencia, la excesiva burocratización, la crónica falta de recursos y la hipocresía de algunos colegas que critican el trabajo ajeno desde la comodidad de sus sillones y los que se apropian de méritos académicos que no les corresponden.

ENFRENTÉ Las momias permanecen en cápsulas refrigeradas para su preservación. Las tareas de mantenimiento son rápidas y no duran más de 20 minutos.

MUSEO DE ARQUEOLOGÍA DE ALTA MONTAÑA

Fue inaugurado frente a la plaza principal de Salta en 2004 para exhibir al mundo las momias y su ajuar. Por motivos de conservación, exponen a las momias de a una por vez y las rotan cada cuatro o cinco meses. Actualmente está La Doncella. Además, cuenta con otras muestras referentes a la cultura andina. En temporada alta, no hay visitas guiadas presenciales, pero escaneando el código QR se accede a visitas guiadas virtuales. Abre de martes a domingo, de 11 a 19. Lunes, cerrado. Feriados, con horarios por confirmar. **\$800** para extranjeros; **\$600** para argentinos; salteños, jubilados y pensionados nacionales y estudiantes, **\$300**. Entran gratis los menores de 12 años, personas con discapacidad y un acompañante y guías de turismo profesionales. Los domingos es gratis para salteños.

Bartolomé Mitre 77, Salta.
T: (387) 437-0592/93.
www.maam.gob.ar

–¿Qué otras montañas sagradas escaló?

Más allá de mis trabajos iniciales sobre arqueología de altura en los Andes –que incluyeron más de 100 ascensiones por encima de los 5.000 metros y coronar dos veces la cima del Aconcagua–, he escalado montes en distintos continentes para estudiar procesiones en altura, devociones populares, folclore y mitos vinculados a las montañas. A través de tres décadas de intenso trabajo me he convertido en uno de los poquísimos expertos de campo sobre la dimensión simbólica de las montañas del mundo.

Mucho de todo esto está en mis libros y en artículos científicos que pueden encontrarse compilados en las páginas web del Conicet y de la Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Además, dicto seminarios y clases especiales en delegaciones y subsedes que la Universidad Católica de Salta tiene en distintas provincias argentinas.

–¿Hay algo más que le gustaría agregar?

La tarea no es fácil y, a veces, pesa la falta de acompañamiento y la crónica escasez de recursos en nuestro medio. Como cuando era joven, sigo trabajando “a pulmón y a dedo” (literalmente). Viajo cuando se puede gracias a invitaciones de universidades internacionales que valoran el carácter pionero de mis investigaciones. A diferencia de otros colegas que trabajan en laboratorios, yo no he recibido ningún subsidio del Conicet.

La trastienda de las exploraciones es bastante menos glamorosa de lo que podría imaginarse: las penurias enfrentadas, a veces, son dignas de un faquir. Y no me refiero solamente a los principios de congelamiento, las tormentas y demás obstáculos propios de la alta montaña. He llegado al pie de la mayoría de los picos europeos que he estudiado haciendo “auto-stop”. He pasado decenas de noches durmiendo en el banco de algún aeropuerto para no tener que pagar un hospedaje. He escalado durante días consumiendo solo pan, queso y algún chocolate. Llegué a lavar platos en un refugio alpino para poder pasar la noche bajo techo durante una tormenta de nieve con visibilidad nula. He sido huésped de familias alpinas, colegas generosos, residencias de estudiantes y monasterios de diversas religiones.

Agradezco a la montaña que me ha dotado de una resistencia física y mental que, a veces, viene muy bien en las circunstancias más inesperadas. Hace pocos años, después de ser atropellada por un auto, decidí continuar el viaje, pese a contar con una rodilla fracturada y toda la pierna inmovilizada. Me desplazé sola por tres países, subiendo y bajando de trenes y autobuses, con dos bastones canadienses, arrastrando mi valija con una correa atada a la mochila. Con sobrehumano esfuerzo me las ingenié para no apoyar jamás la pierna fracturada, gracias a lo cual logré una recuperación bastante aceptable. Y, al volver al país, preparé y dicté una conferencia sobre estrategias para promover la accesibilidad al patrimonio cultural para personas con movilidad reducida. ☺

